

EXPTE. D. 2654 110-11



*Honorable Cámara de Diputados
Provincia de Buenos Aires*

Proyecto de Declaración

La Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires

DECLARA:

Que vería con agrado que el Poder Ejecutivo a través del Ministerio de Justicia y Seguridad, evalúe la posibilidad de desarrollar e implementar, en el marco de la Política de Seguridad que llevan adelante, el “principio de los rizomas”, “construcción de nuevas ciudades”, y “Políticas de sustentabilidad”, conforme se desarrolla en los fundamentos del presente.

Dr. FRANCO A. CAVIGLIA
Diputado
Bloque Frente para la Victoria
H. Cámara de Diputados Pcia. Bs. As.

FUNDAMENTOS

De redes, troncos y rizomas

Se sabe que una imagen vale más que mil palabras. Y una de las imágenes que más dificulta una adecuada percepción del problema de la seguridad pública es la de *redes*: las redes de narcotraficantes, las redes de traficantes de armas, órganos, bienes culturales o personas, las redes que conforman los adultos que utilizan menores para sus propósitos criminales, etcétera. Pero esta imagen de *red* tiene varios inconvenientes. En primer lugar, la red prescinde del medio en que esté ubicada: da lo mismo que esté en el aire, en el agua o en el vacío. Por otra parte, la red se corta con instrumentos adecuados, filosos y cortantes, sean tijeras o cuchillos. Además, la red es isomorfa: es igual, regular, en todas sus partes.

Otras veces se utiliza la imagen del árbol: la raíz del delito, las ramificaciones de una banda, los aspectos troncales. Si bien esta figura tiene más en cuenta al medio, sigue presuponiendo que se puede acabar con el delito “atacándolo de raíz”. O, aunque no se lo plantee tan explícitamente, queda la idea de que se puede talar el tronco y se termina el árbol.

Pero la realidad nos muestra que las conductas delictivas se entienden mejor si las pensamos como *rizomas*, ese tipo de tallo subterráneo de los bulbos y tubérculos, como las papas y las batatas. El lector con conocimientos de filosofía, reconocerá en esta caracterización a Deleuze y a Guattari que en la introducción a su obra *Mil Mesetas* dicen que no sólo esas plantas, sino que hasta los animales constituyen rizomas; también se organizan rizomáticamente las cucarachas, las hormigas y las ratas. Las madrigueras son rizomas en todas sus funciones de hábitat, de provisión, de desplazamiento, de guarida y de ruptura. En sí mismo, el rizoma tiene formas muy diversas, desde su extensión superficial ramificada en todos los sentidos hasta sus concreciones en bulbos y tubérculos; por eso, según estos autores, es correcto hablar de rizomas por ejemplo cuando las ratas corren unas encima de otras para alcanzar su objetivo. Lo mejor y lo peor puede tomar esta forma: la papa, la grama, la mala hierba.

Si pensamos al delito como *red*, nos vemos tentados a pensar en una solución cortante y definitiva: policía bien entrenada y leyes duras serían suficientes para acabar con él. Pero si lo pensamos como *rizoma* la cosa cambia: si en una casa sucia ponemos veneno para las ratas, las cucarachas y las hormigas, lo único que conseguiremos es que los bichos muten para hacerse cada vez más resistentes¹. Se trata, en cambio, de limpiar bien la casa antes de (o simultáneamente con)

¹ Aclaración para no herir sensibilidades políticamente correctas: es evidente que no estoy asimilando a los delincuentes a las ratas, las cucarachas o las hormigas; estoy haciendo referencia a la delincuencia, no a los delincuentes.

la aplicación de los productos químicos y las tramperas. Tal como acontece con el delito, las papas, las batatas, la grama o la mala hierba crecen mejor en un medio que en otro. No son indiferentes al tipo de tierra, a la humedad o a la temperatura. Además, sabemos que suele resultar muy difícil (y en algunos casos directamente imposible) extinguir totalmente una estructura rizomática, pero sí se puede reducir considerablemente su expansión. Ni los rizomas ni la delincuencia se desarrollan de modo uniforme, así como no hay modo científico de explicar ni de predecir porqué una papa crece en un lugar determinado del terreno y no unos centímetros más allá, o porqué ésta es más grande que aquella. Pero sí podemos explicar porqué, a lo largo de varias temporadas, en tal campo habrá mejor o peor producción papera que en tal otro.

Al margen de las consideraciones éticas que cabría formular, la solución al problema de la multiplicación de los rizomas delictivos no pasa por la respuesta que tantas veces escuchamos en boca del vecino o de la tía: “acá hace falta mano dura; primero hay que acabar con las cabezas, y después, si usted cuelga cuatro o cinco criminales en la plaza central, va a ver cómo se dejan de robar y matar”. Pero esto no nos debe llevar ni al desaliento, ni a efectuar propuestas para tan largo plazo que ninguno de nosotros esté vivo para ver los resultados. Lo que sí necesitamos es una adecuada caracterización del tema, y por eso, propongo que veamos algunas de las notas principales que los citados Deleuze y Guattari² atribuyen al rizoma. Casi me siento tentado a repetir sus propias palabras antes de enunciar los siguientes principios: “somos conscientes de que no convenceremos a nadie si no enumeramos algunos caracteres generales del rizoma”.

En primer término aparece el *principio de conexión* conforme al cual cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro. Tradicionalmente, podía pensarse cierto tipo de crimen organizado como las organizaciones nacidas en el sur de Italia (maffia, camorra, ndrancheta) como si fueran pulpos, con un “cerebro” y numerosos tentáculos, o como un árbol con su raíz, su tronco y sus ramificaciones. Pero hoy esto ya no es tan así. Los vínculos entre estas organizaciones y, por ejemplo, la maffia rusa o los narcotraficantes norteamericanos, son un claro ejemplo. Eslabones rizomáticos de cualquier tipo se conectan en cualquier punto con otros eslabones.

Esto nos lleva al segundo principio o *principio de heterogeneidad*. Un rizoma es como un eslabón que no cesa de conectar elementos sumamente diversos: tierra, nutrientes de toda índole: basura, minerales, agua, el sol, las perforaciones que hacen las lombrices y un larguísimo etcétera. Así vemos como se vincula el tráfico de armas con el de drogas ilícitas, con el de órganos, el de personas, asesinatos, corrupción política y otro larguísimo etcétera.

² Las citas las hago de la edición castellana de Pre-Textos, Valencia, 2002. Imagino la sorpresa que le causaría a los pensadores franceses ver que sus ideas son acá aplicadas -aunque por cierto con grandes distorsiones- a la seguridad pública, pero si el mismo Deleuze (conocido por su militancia propalestina) advirtió que sus escritos fueron usados para diseñar estrategias por el Mossad, me siento plenamente excusado para hacer aquí este empleo de sus ideas que, por cierto, no creo sean tan distantes de lo que acá propongo.

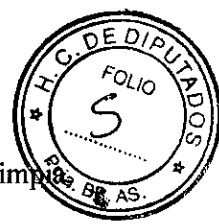
El tercero es el *principio de multiplicidad*. Una multiplicidad no tiene centro ni unidad; es una cosa que al cambiar de número o tamaño sigue siendo la misma especie de cosa (la plantita que al crecer deviene árbol, pero en definitiva sigue siendo la misma especie vegetal), sino que es una serie de determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden aumentar sin que cambie de naturaleza.

El cuarto y último es el *principio de ruptura significativa*. “Un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según ésta o aquella de sus líneas, y según otras. Es imposible acabar con las hormigas, puesto que forman un rizoma animal que aunque se destruya en su mayor parte, no cesa de reconstruirse. Todo rizoma comprende líneas de segmentariedad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etc.; pero también líneas de desterritorialización según las cuales escapa sin cesar. Hay ruptura en el rizoma cada vez que de las líneas segmentarias surge bruscamente una línea de fuga, que también forma parte del rizoma.” Por esto, no creo conveniente, por ejemplo, legalizar inmediatamente el consumo de cualquier tipo de estupefaciente, pues si bien esto constituiría en principio un duro golpe al narcotráfico, que ya no tendría mercancías para vender, al poco tiempo se reciclaría y tendríamos un agravamiento del tráfico de órganos, personas o vaya uno a saber qué cosa. En este principio se basa, tal como veremos más adelante, la importancia de contar con un cuerpo idóneo de especialistas en inteligencia criminal.

Insisto: no creo que sea ni banal ni superficial discutir el empleo de una u otra metáfora. De todos modos, lo más importante es que se advierta que todo análisis serio de los problemas de seguridad pública, debe comenzar por estudiar el medio en el que se genera el delito.

Por cierto, esto no implica que no sea necesario contar con un sistema de seguridad interior eficiente. Lo que quiero destacar es que una política de seguridad encaminada única y exclusivamente a dotar de más y mejores medios a las agencias encargadas de proveer a la prevención inmediata y represión del delito, exigiría un esfuerzo presupuestario ingente (y, por consiguiente una presión tributaria muy alta) y el único resultado que podría conseguir sería reducir los índices de delito violento en el corto plazo, pero en el mediano y largo plazo los problemas resurgirían con manifestaciones aún más virulentas. Una mayor eficacia en el accionar policial y del sistema judicial, si no va acompañado por un aumento de la equidad y justicia social, para lo único que sirve es para obligar a los delincuentes a equiparse, entrenarse y organizarse mejor, tal como acontece, conforme lo señalado, con las estructuras rizomáticas de las hormigas, las ratas o las cucarachas. En cambio, una política de seguridad sustentable³ es aquella que tome en consideración los agentes etiológicos del delito violento y genere las condiciones pertinentes como para reducir al

³ La noción de sustentabilidad fue acuñada para referirse a los problemas ambientales. En tal sentido, puede ser definida como “la justicia social intergeneracional sobre los bienes del planeta tierra”.



máximo su propagación, atacando las causas de la exclusión social: se trata de tener la casa limpia más que de poner venenos y trampas.

Esto que vale para el plano nacional es también válido para el plano internacional: queda claro que el mero uso de la fuerza no es suficiente para combatir la amenaza terrorista. La injusticia (injusticia que no se limita a la equidad en el plano material, sino que también se advierte en el plano de la cultura y de la dignidad de los pueblos) es siempre fuente de conflictos que, cuando no encuentran canales institucionales para encauzarse, llevan siempre a la violencia.

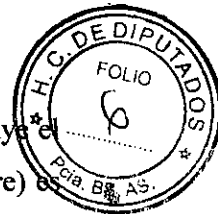
Antes de continuar, aclaremos que no se trata de incluir o integrar para dar seguridad. Se trata de reconstruir una sociedad y un mundo en el que todos puedan acceder a los beneficios de la vida en común, de la *con-vivencia*. Como consecuencia, se estará reconstruyendo una sociedad en la que el delito violento no sea una opción digna de ser tenida en cuenta por muchos. Ese es el desafío de la política, y no de “las políticas”. En este terreno, como en casi todos los que hacen a la búsqueda de respuestas realmente efectivas frente a los más graves desafíos contemporáneos, podemos decir: “Buscad la justicia social y lo demás se dará por añadidura”.

Dicho esto, conviene aclarar de entrada un equívoco muy frecuente: no es la pobreza en sí misma la que constituye el suelo fértil para la expansión de las estructuras rizomáticas del delito, sino que –tal como lo muestran todas las estadísticas- el problema radica en la inequidad de la distribución de los bienes materiales y culturales.

Un discurso muy extendido entre los economistas plantea que el crecimiento económico es más importante que la distribución de la riqueza. No importa que se profundice la brecha entre los que más tienen y los que menos tienen, en tanto los pobres puedan acceder a más bienes y servicios de lo que podrían hacerlo en un contexto de bajo crecimiento. Conforme a esta postura, lo que debe tenerse en consideración al hablar de pobreza no es la pobreza relativa (con respecto a los que más poseen) sino la pobreza absoluta, entendida como la (in)capacidad de acceder a cualquier tipo de bienes y servicios. Si los más pobres pueden acceder a bienes tales como la televisión o el teléfono móvil, ¡qué importa que los ricos multipliquen sus ganancias por diez!

Sin embargo, como alguna vez le escuché decir a Manuel Garretón, así como la pobreza absoluta impide la plena realización del individuo, la pobreza relativa impide la plena realización de la sociedad. Un claro indicador de esto lo constituye el crimen violento que impide la realización de una vida plena a gentes de todos los estratos sociales.

Al menos esto es así en América y Europa. Pero cuando hablamos del medio apto para la propagación del rizoma, no hablamos solamente del factor económico. También es central el aspecto cultural. Así, vemos que en otras latitudes influyen concepciones culturales y religiosas distintas que tornan no universalizable el concepto vertido: por ejemplo, en la India se advierte una mayor desigualdad en la distribución de bienes tangibles y simbólicos, así como de acceso a



servicios, de la que existe en Estados Unidos; no obstante la tasa de homicidios (que constituye el indicador más fiable de delictividad violenta pues es el único crimen que se denuncia siempre) es sensiblemente inferior.

No quiero abrumar con estadísticas, las que, además, son fácilmente accesibles por internet. Largos años de experiencia en organismos públicos nacionales e internacionales me enseñaron a desconfiar del empleo abusivo de las estadísticas, aunque a veces no puedo evitar emplearlas para deconstruir lugares comunes: por ejemplo, es interesante señalar que la tasa de homicidios de la Ciudad de Buenos Aires es menor que la de cualquier ciudad de Estados Unidos con más de un millón de habitantes, o que la tasa de criminalidad violenta de la Rusia post soviética es la más alta de los países “desarrollados”. Claro que los argentinos tenemos una sensación de inseguridad mayor que la de los norteamericanos. Y es lógico que así sea porque nos comparamos con los niveles de delictividad anteriores y, ciertamente, estamos mucho peor. En épocas de pleno empleo y de alta participación del salario en el PBI (particularmente entre 1946 y 1976) Argentina estaba entre los países más seguros del mundo, a la par de Suiza.

La relación entre desempleo, exclusión, miseria y crimen no es nueva. En su obra *Organisation du travail* decía Louis Blanc en 1839: “La miseria aconseja incesantemente el sacrificio de la dignidad personal y casi siempre la gobierna. La miseria crea una condición dependiente en quien es independiente por carácter, de manera que oculta un tormento nuevo en una virtud, y transforma en hiel lo que se lleva de generosidad en la sangre. Si la miseria engendra sufrimiento, también engendra crimen. Si termina en el hospital, también conduce a la prisión. Hace esclavos; hace a la mayoría de los ladrones, los asesinos, las prostitutas.”

Sin embargo, nada es tan simple y lineal como parece. Para la misma época decía Alexis de Tocqueville: “Cuando uno recorre las diversas comarcas de Europa, siente el impacto de un espectáculo extraordinario y en apariencia inexplicable. Los países que parecen más miserables son aquellos que en realidad, tienen menos indigentes, y entre los pueblos de los que admiráis la opulencia, una parte de la población se ve obligada, para poder vivir, a recurrir a lo que le dan los otros” (*Mémoire sur le paupérisme*. 1835)

Ambos describen los efectos de la llamada Revolución Industrial. Recordemos que es en ese entonces cuando se crearon los cuerpos de policía en sentido moderno precisamente en los países en que esa Revolución estaba más avanzada. Si bien nunca hubo al respecto estadísticas muy confiables, pareciera ser que el accionar policial habría logrado reducir los niveles delictuales. No obstante, la verdadera respuesta a la inseguridad llegó por otro lado: las emigraciones, voluntarias y no tanto. La Inglaterra victoriana marcó el camino al enviar a Australia asesinos, ladrones, prostitutas y otros súbditos británicos que gozaban de similar consideración por parte del resto de la sociedad. Allí estos feroces inmigrantes rubios y de ojos celestes pudieron consolidar su futuro

laboral tras producir uno de los genocidios más atroces que conoce la historia de la humanidad exterminando poblaciones indígenas enteras. Napoleón III imitó esta política poblando Argelia con los colegas de aquellos británicos, pero sin matar a todos los argelinos preexistentes. Si Napoleón III hubiese imitado mejor a Victoria, los franceses no tendrían que soportar hoy las explosiones de violencia protagonizadas por los descendientes de aquellos argelinos. En cambio, los industriales y civilizados ingleses fueron más eficientes: prácticamente no quedó un solo indígena australiano en pie para denunciar las imperiales violaciones a sus derechos humanos, por lo que muy tardíamente se comenzó a tener noticia de aquellos episodios.

En forma menos organizada que la mayoría de los procedentes de Inglaterra y Francia, migraron millones de españoles, italianos, polacos, rusos, judíos, alemanes, lituanos, portugueses, con parecidas consecuencias para los países de origen pero muy distintas para los países receptores, pues en estos casos no hubo detrás una voluntad estatal de exterminio y colonización. Lo relevante a los fines de este trabajo, es que Europa entera desplazó cantidades ingentes de desocupados a fin de llevar la “civilización” a otras tierras y resolver su cuestión social.

Como explica Zigmun Bauman, el modelo económico basado en la industrialización genera desperdicios de toda índole; incluso desperdicios humanos. Ciertamente ya desde fines del medioevo encontramos en Europa indicios de esta realidad: seres humanos adultos sanos, en condiciones de ganarse su sustento, sin saber o sin poder hacerlo. Estos fueron encerrados en depósitos de pobres, como en la Francia del siglo XIV, o condenados a no moverse de su comarca para no generar problemas en lugares donde no fueran conocidos, como en la Inglaterra de la misma época. Pero más allá de los fracasos de todas esas políticas, no eran muchos los individuos que estaban en esa situación, por lo que en términos macrosociales el tema resultaba manejable. Pero como vimos, desde principios del siglo XIX el problema desbordó los mecanismos institucionales hasta entonces vigentes. Es el precio que pagó Occidente por abolir la esclavitud. En efecto, cuando hay esclavos o siervos no hay desempleo de adultos aptos para trabajar. Por eso, hoy hay muchos que plantean que para resolver el problema del desempleo debemos abolir el derecho laboral. O sea: volver a la esclavitud.

Cerrando el círculo, la incorporación de nuevas tecnologías ha generado un nuevo modelo de producción industrial y, por consiguiente, una nueva generación de desperdicios humanos. Mas ya no quedan Australias ni Argelias para colonizar. Al contrario, desde el llamado Tercer Mundo migran vidas desperdiciadas hacia los países de industrialización avanzada. Ninguno de nosotros está exento de ser un desperdicio humano mañana mismo. Y todos lo sabemos. Acá y en el “Primer Mundo”.

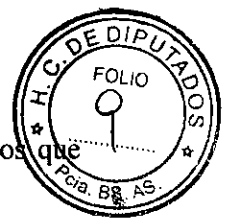
CONSTRUIR CIUDADES



Como decíamos en el capítulo anterior, la metáfora del rizoma muestra con toda claridad la importancia del medio para favorecer o no el desarrollo del delito. Así como en el siglo XIX Australia constituyó un ejemplo interesante (si pasamos por alto el tema del genocidio de los indígenas) de cómo la mayoría de los delincuentes, cuando tienen un proyecto para sus vidas, tienden a dejar de lado las conductas criminales, hoy no tenemos Australias... pero Argentina tiene espacio suficiente como para que nosotros, nuestros hermanos de los países limítrofes “y todos los hombres del mundo que quieran habitar en nuestro suelo” puedan labrar su proyecto de vida.

Me refiero a la necesidad de pensar en la fundación de nuevas ciudades y en la repotenciación de las ciudades más chicas del interior del país. Por primera vez en toda la historia de la humanidad, hoy hay más habitantes en las ciudades que en áreas rurales. Sin embargo, paradójicamente, hace ya mucho tiempo que no se fundan ciudades. No me refiero a esas urbanizaciones satélites de otra ciudad cercana, que cumplen más bien una función de dormitorio. Hablo de ciudades en serio. Todas las capitales de nuestra América, con la sola excepción de Brasilia, fueron fundadas durante la primer mitad del siglo XVI. En nuestro país, las últimas fundaciones datan de fines del siglo XIX. Entonces, buena parte de esa población que migra desde áreas rurales o semi rurales a las ciudades, termina alojándose en la periferia, dicho este término tanto en sentido topológico como, principalmente, sociológico. Ahora bien, la radicación de gente que llega sin trabajo estable y sin la preparación adecuada como para ajustarse a las normas de una ciudad cuya trama social es de por sí débil, en la que el valor solidaridad no es tan importante como la obligación de consumir, constituye un suelo fecundo como para que algunos se dediquen a delinquir y la mayoría no sepa, no quiera o no pueda denunciar ante las instituciones del Estado a los delincuentes que moran en esos territorios, que se van constituyendo de a poco en territorios fuera de la ley oficial.

En nuestro país ya tenemos claros indicios del avance de este proceso, aunque quizá se advierta mejor en algunas ciudades del resto de nuestra América, como por ejemplo Brasil. Tomemos el caso de San Pablo, que creció en los últimos cien años proporcionalmente más que París en los últimos mil años. Es cierto que es un caso excepcional porque en un primer momento los moradores de las favelas fueron esclavos liberados a los que la sociedad no les brindó lugar como verdaderos hombres y mujeres libres, cosa que no ocurrió en otros países del área. Pero justamente su excepcionalidad nos permite ver allí con mayor claridad los riesgos a los que se somete una ciudad cuando crece desmesuradamente y sin planificación ni racionalidad alguna. Allí, el problema de la inseguridad no es el más grave si se lo compara con problemas de salud, de acceso a un trabajo digno y dignificante, en fin, con respecto a las posibilidades que tiene la mayoría de la población de llevar una vida plena y no apenas procurar sobrevivir. No es el más



grave. Pero es el que más se nota y, por lo tanto, es útil para alertar acerca de los peligros que encierra el seguir de brazos cruzados con respecto a la catástrofe urbana que se nos avecina.

Y es lo que más se nota cuando afecta a los estratos medios y altos de la población. Recientemente en una zona del conurbano bonaerense habitada por estratos altos, asesinaron a un ingeniero y toda la comunidad se movilizó en reclamo de mayor seguridad. Al principio, más allá del dolor que produce una situación semejante, me conmovió y gustó la actitud de los vecinos, tomando conciencia de la importancia de participar, movilizarse y reclamar. Pero también me molestó un poco pensar que nunca los vi movilizarse para pedir que se haga algo con los registros de conducir otorgados sin ningún examen psicológico, a pesar de que los mal llamados “accidentes” de tránsito se cobran más vidas que el delito violento. También pensé que sería interesante que alguna vez se hubiesen movilizado para reclamar más seguridad en Fuerte Apache o en Cuartel Noveno, al fondo de Lomas de Zamora, donde hay una tasa de homicidios más de diez veces superior a la de los barrios acomodados de San Isidro. Pero también sé que no es exigible que alguien se movilice por aquello que no nota que lo afecta en forma directa. ¡Claro que las muertes en Cuartel Noveno y los homicidios cometidos con automóviles los afectan directamente! Pero el caso es que esto no se nota, por distintas razones que sería largo detallar aquí, y de las cuales la prensa es apenas uno de los factores a tener en cuenta. Esto es, ha sido y será así siempre y en todas partes, con muy escasas excepciones. Entonces, se trata de aprovechar la capacidad movilizadora que tiene el tema de la seguridad para avanzar con propuestas que atañen a la calidad de vida en general.

Para esto hay que pensar en grande. No sirven los paliativos del estilo de sacar una villa miseria de un lugar para mandarla a otro. Además, diversos factores institucionales, económicos y sociales permiten vaticinar con escaso margen de error que en la próxima década se incrementará la tasa de migrantes a las ciudades, especialmente provenientes de países limítrofes. Esto puede llevar al colapso del sistema de salud pública y del sistema de seguridad en el corto plazo, y traerá serios problemas en educación y prestación de otros servicios en el mediano plazo. Entonces renacerá el discurso xenófobo acusando a estos migrantes de tez oscura y pelo duro de todos nuestros males, sin importar la edad que tengan. Ya, en estos días, estoy escuchando con preocupación a algunos “expertos” con llegada a dirigentes políticos y sociales, que están planteando que hay que tener una política migratoria firme, con estricto control de fronteras y repatriación de indocumentados. No voy a hacer acá consideraciones éticas ni humanitarias. Simplemente apelar a la realidad: si los Estados Unidos no pueden cerrar eficazmente su frontera con México, si la Italia de Berlusconi, que no tiene sino fronteras marítimas con los extracomunitarios, se las ve en figurillas para frenar la oleada inmigratoria, ¿cómo podemos pensar que nosotros, con nuestras fronteras extensísimas y tremendamente porosas, podamos creer que vamos a ser capaces de controlar los flujos migratorios

provenientes de Paraguay, Chile, Bolivia o Perú? Sería bueno que esos “expertos” se sentaran a tomar un café con un gendarme con más de diez años de antigüedad en la fuerza...

Pero entonces, ¿qué alternativa queda? Alternativas hay, pero lamentablemente no son ni muchas ni sencillas. Las soluciones más radicales de transformación del sistema no creo que sean factibles de realización porque requerirían tal acumulación de poder opuesto a los intereses dominantes que, aunque puedan ser razonables desde alguna perspectiva teórica, dada la actual relación de fuerzas no les veo ninguna posibilidad de implementación efectiva. Para lo único que serviría tratar de llevarlas a la práctica es para sumirnos en una nueva, y tal vez más dolorosa frustración que la vivida en la década del setenta. En cambio, creo que hay algunas posibilidades de hacer algo afectando intereses que pueden ser doblegados con la actual correlación de fuerzas.

Una de esas acciones posibles se la escuché decir a nuestro querido y admirado Gustavo Cirigliano, y pasa por lo que da título a este punto: construir ciudades. Construir o reconstruir por lo menos una nueva ciudad en cada región, teniendo en cuenta los saberes, habilidades y capacidades de los potenciales migrantes limítrofes e interiores. No hablo de pueblos, pues la mayoría de la gente quiere vivir en lugares que les ofrezcan a ellos y a sus hijos una gama de bienes y servicios que requieren una masa crítica de población estable en la zona: cines, teatros, universidades, estadios deportivos, etcétera.

Hace falta convocar a las universidades y a los colegios profesionales de cada región para que nuestros sociólogos, arquitectos, urbanistas, antropólogos, filósofos, en acuerdo con sus pares de los países vecinos, y con la participación del resto de la comunidad organizada a través de los partidos políticos y otras instancias de articulación, planteen proyectos claros pero con la suficiente flexibilidad como para adaptarse a las condiciones de un mundo cambiante. Proyectos de ciudades que sean social, económica y ecológicamente sustentables, que aprovechen al máximo las energías no contaminantes como la eólica y solar; ciudades integradas con su medio circundante y bien comunicadas con los puertos del Atlántico y del Pacífico, privilegiando el ferrocarril sobre las rutas, con buenos servicios de transporte público, de salud, de educación. Ciudades capaces de ofrecer una alternativa de vida digna a tantas personas que “sobran” en el mundo.

Se me dirá que no hay capitales suficientes como para llevar a cabo esta tarea. Permítaseme dudar de esta objeción. Permítaseme recordar que tampoco había tanto capital acumulado en las últimas décadas del siglo XIX, cuando fueron fundadas o potenciadas la mayoría de las ciudades que hoy tenemos desde el sur del río Salado hasta Tierra del Fuego. Ya sé que nada de aquello fue fácil, que hubo violencia, negociados, injusticias. Creo que hoy tenemos más conocimientos de urbanismo, más y mejores tecnologías de construcción y de comunicaciones, en fin, que tenemos más recursos como para reducir esos males hasta el punto que resulten mínimos si se los compara con las penurias que habremos de vivir si dejamos que las actuales megalópolis



sigan creciendo sin tino y sin pausa. Se requerirán inversiones importantes. Es verdad. Pero el principal capital que se requiere está dado por la misma fuerza de trabajo que hoy no encuentra cómo ser canalizada. Vale la pena hacer el esfuerzo antes que vivir en ciudades en las que se realizarán las más negras antiutopías que nos plantea la ciencia ficción.

Creo que la mayor dificultad no radica en la falta de capitales sino en otros problemas que tienen que ver con la actual distribución del poder. Temo que esto no les interese a muchos políticos, desde el puntero de barrio que podría ver afectada su base de sustentación electoral, hasta el más encumbrado funcionario que, al advertir que el único modo en que esta propuesta puede hacer efectiva es con una genuina participación de la comunidad, se desinteresa del tema al advertir que no podrá hacer buenos negocios comprando tierras o poniendo a su constructora amiga. Sin duda va a privilegiar otros proyectos en los que resulte más rápido y menos engorroso quedarse con algún suculento retorno. Sin embargo, creo que si se asume como un proyecto convocante, la presión popular puede ser más fuerte que la mezquindad de esas ambiciones.

Otro desafío aún más fuerte viene por el lado de los intereses de las empresas globales. Siguiendo en parte algunas advertencias que formulaba hace casi diez años Saskia Sassen en *La ciudad global*, cuanto más se globalizan los mercados, más se tecnifican y se digitalizan las operaciones empresariales, volviéndose más complejas y estratégicas las funciones de gestión centralizada y de servicios especializados, y las correspondientes infraestructuras e instalaciones necesarias para el funcionamiento de todo el sistema. En este contexto, las empresas se benefician de una economía de aglomeración, que a su vez es fruto de la concentración de recursos múltiples en una megalópolis. Con todos sus males, las altas concentraciones urbanas les resultan beneficiosas para conseguir la masa crítica necesaria para funcionar al menor costo económico y financiero posible. Sin duda este es un obstáculo difícil de superar, pero no ha de ser imposible si existe la suficiente voluntad política.

Habrán sin duda otros factores que se opongan a este proyecto y que no es el caso analizar desde ahora. Lo que pretendo con estos ejemplos es señalar que para llevar adelante una aventura de esta naturaleza será preciso vencer escepticismos, enfrentar lobbys y presiones de todo tipo, a veces más sutiles y a veces no tanto. Por eso es que nada de esto puede ser hecho por decreto. Es preciso un pensamiento estratégico orientado por un proyecto nacional y sostenido por la voluntad de la mayor parte de la sociedad.

UNA POLITICA DE SEGURIDAD SUSTENTABLE

Obviamente, continuar indagando acerca de los distintos factores sociales, políticos, culturales y económicos que inciden sobre el problema de la seguridad excedería holgadamente el espacio de este capítulo. No obstante, lo dicho basta para afirmar que para alcanzar un grado de seguridad aceptable —es decir, reitero, de libertad frente al peligro y la necesidad— es preciso abordar simultáneamente las distintas dimensiones referidas. Tal como dije al inicio de este capítulo, si se pretende abordar el problema de la seguridad ciudadana pura y exclusivamente a partir de dotar de más y mejores elementos a las fuerzas de seguridad, crear más cárceles y/o endurecer la legislación penal, lo único que se habrá de conseguir es, en el mejor de los casos, mejorar la situación temporariamente. Pero por aplicación del principio de ruptura significativa del rizoma, en el mediano plazo volverá a crecer necesariamente el índice delictual. Es preciso, pues, gestar un paradigma de seguridad que aborde el problema en su integralidad, teniendo en cuenta los factores atinentes a la estratificación social, el ejercicio del poder público y las instancias de legitimación del sistema. A este paradigma hace referencia la seguridad sustentable.

Hablar de seguridad sustentable refiriéndose a la integralidad del problema, no implica confundir órdenes ni espacios institucionales. Como dice irónicamente Roberto Doberti: “alguien afirmó que cuando las escuelas y los templos están llenos las cárceles están vacías; ¿significa que escuelas y templos se parecen peligrosamente a las prisiones?”. Es lo que acontece cuando se olvida que el objetivo de la educación no es disciplinar cuerpos y mentes o entrenar recursos humanos, sino que su sentido último consiste en brindarle al individuo los instrumentos necesarios para que pueda desplegar plenamente sus potencialidades como persona.

Por otra parte, últimamente parece haberse puesto de moda entre los expertos locales remitir la resolución de los problemas de su área de incumbencia a otras instancias. Así,

✓ el educador considera que es imposible brindar educación de calidad a chicos cuyos padres no tienen trabajo o que no tienen una vivienda adecuada o que padecen carencias alimentarias, por lo tanto proponen empezar por resolver la cuestión del empleo, de la vivienda y de la salud;

✓ el experto en empleo sostiene que hay que comenzar por atender la cuestión educativa, pues los nuevos modelos laborales requieren una formación y una capacitación tales que sin educación no puede haber empleo de calidad; además, se requiere una buena situación sanitaria de la población para que pueda trabajar adecuadamente;

✓ el experto en seguridad ciudadana plantea que hay que comenzar por la educación, el empleo y la erradicación de la pobreza, pues está comprobado estadísticamente que a mayor nivel

educativo menor uso de violencia en la comisión de delitos y que a mayor nivel de equidad social menor tasa de delincuencia en general;

✓ el experto en salud afirma que no hay sistema de salud sustentable sin pleno empleo (pues el sistema público no puede dar satisfacción a toda la población), sin educación suficiente (base de la prevención) y sin condiciones ambientales y habitacionales adecuadas;

✓ el experto en vivienda plantea que sin empleo y sin educación toda política de vivienda no pasa de ser mero asistencialismo;

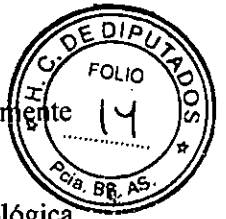
✓ el experto en cuestiones ambientales remite a la seguridad, la educación, la salud y el empleo...

El problema es que nuestros expertos –y hago acá un mea culpa, pues muchas veces hice planteos de esta índole como entendido en el tema seguridad ciudadana- toman (tomamos) como modelo los esquemas conceptuales elaborados en los países centrales. Particularmente el modelo de políticas públicas en su versión anglosajona. Pero en esos países el sistema político funciona. Puede o no gustarnos cómo funciona, pero funciona. Entonces se pueden abordar los problemas particulares en forma específica. Pero cuando es el mismo sistema político el que no funciona, el modelo de políticas públicas no es aplicable de la misma manera. En nuestros países no se trata tanto de formular políticas como de reconstruir la política.

En este marco, hablar de *seguridad sustentable* significa afirmar que es preciso contar con fuerzas de seguridad bien equipadas, con sus miembros altamente capacitados y dignamente remunerados; tener un plexo normativo en materia penal coherente y adecuado a nuestra propia realidad social y cultural; mantener un sistema penitenciario idóneo y eficaz complementado con un eficiente funcionamiento de las instancias de reinserción social del delincuente con condena cumplida, todo ello en el marco del pleno e incondicional acatamiento a la ley y respeto a los derechos humanos. Pero significa también saber que eso no es suficiente. Significa que no hay política de seguridad viable, como no hay política educativa, de salud o de empleo viable, sin un sistema político sano y eficaz empeñado en asegurar la libertad individual y proveer a la justicia social en el marco de una sociedad capaz de brindarle a cada uno de sus miembros las condiciones necesarias como para desplegar plenamente sus potencialidades como ser humano.

Desde el punto de vista jurídico, la noción de *sustentabilidad* plantea un importante cambio de paradigma, especialmente en materia de fuentes de derechos y obligaciones. Así como en las sociedades tradicionales la fuente de derechos y obligaciones es el pasado (costumbres, usos, mitos, tradiciones), en las sociedades modernas es el presente bajo la forma de contrato (ya sea entre particulares o a nivel social: el contrato social, el contrato moral, etcétera), pues el contrato (real o ficticio) implica un acuerdo de voluntades que se da en un *ahora*, para surtir efectos, en principio, *desde ahora* y hacia el futuro. En cambio, en las actuales circunstancias por primera vez en la

historia pasa a ser el futuro la fuente de derechos y obligaciones. Y creo que aparece precisamente ahora pues pocas veces el futuro fue tan escaso ni corrió tantos peligros.



Como es sabido, el concepto de *sustentabilidad* brotó de la toma de conciencia ecológica sobre la necesidad de mantener la vida en el planeta tierra. Mas el futuro nos interpela no solamente como especie humana; nos interpela también desde cada chico, cada hombre y cada mujer que se han quedado ya sin futuro.

Dr. FRANCO A. CAVIGLIA
Diputado
Bloque Frente para la Victoria
H. Cámara de Diputados Pcia. Bs. As.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Franco A. Caviglia', written over the typed name and title.